



## EL ARCHIVO, VIVO

«... la no escasa documentación que guarda el Archivo Municipal y que aún se conserva...»

Música y Arocena.

El domingo 17 de Abril, a las doce del mediodía, los txistularis comenzaron a pintar de música festiva la tersa atmósfera de la mañana primaveral. Desde los arkupes concebidos por Fr. Miguel de Aramburu, con cierto aire procesional, nos dirigimos hacia la puerta de las nuevas instalaciones del Archivo Municipal.

Palabras del alcalde, palabras del archivero, alguna pregunta y alguna sugerencia de los presentes y el amai-ketako —hora canaria— que facilitó a los reunidos el intercambiar ideas y opiniones sobre aspectos históricos y culturales de Rentería, dieron cuerpo al acto inaugural de la nueva sede del Archivo.

En el ambiente flotaba la satisfacción sentida por todos los asistentes al comprobar que en nuestro pueblo se ha dedicado un lugar digno, adecuado, a los venerables documentos escritos que nos hablan del pasado de Rentería y a los que el diario acontecer produce.

La vida cultural de esta comunidad, imperfectamente recogida, a mi modesto entender, por los medios de comunicación desde hace bastantes años, sigue viva, palpitante, dando frutos importantes. No quisiera que se entendiera lo antedicho como un reproche a los corresponsales de estos medios en Rentería. Ellos han hecho y hacen todo lo que está en sus manos. No quisiera tampoco que se interpretara como la consecuencia de una deformación de los hechos emanada de sentimientos pueblerinos. Sin tener la pretensión de ser químicamente puro, intento ser objetivo.

Lo que nos satisface es comprobar que como una manifestación más de esa vitalidad cultural —¡tenemos que

decirlo los de casa!— ha existido la sensibilidad necesaria para tomar en serio el Archivo Municipal, considerando insuficiente —con ser importante— el adjudicar el espacio físico merecido al caudal histórico documental, que no hubiera pasado de concederle digna sepultura, entendiéndose que la ordenación y custodia del mismo tenía que estar en manos de un especialista. Este es Juan Carlos Jiménez de Aberásturi Corta.

Yo conocía a Juan Carlos porque desde «Mitos y leyendas del País Vasco» me había contado deliciosamente hace algunos años «El cantar de la Torre-De-Alos», porque su nombre sonaba en los medios culturales y porque tuvo la paciencia de aguantar la paliza que le propiné a modo de entremés de una cena de OARSO hace dos o tres años.

Juan Carlos Jiménez de Aberásturi Corta es Licenciado en Historia por las Universidades de Pamplona y La Sorbona, siendo además miembro de INGEBA y de la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza.

Una calurosa mañana de la pasada primavera me presenté en el Archivo con la pretensión —osadía— de hacerle algo así como una entrevista. Antes de comenzarla observé el gran interés que demostraba hacia algunas viejas revistas editadas en Rentería —alguna de ellas hace sesenta años— que puse en sus manos para que pudiera sacar fotocopias destinadas al Archivo.

Con el desorden propio de quien no conoce el oficio, comencé a hacerle algunas preguntas.

— Mira, este Archivo tiene dos aspectos: el histórico y el administrativo. El primero interesa a los estudiosos de la Historia. Vienen —atraídos por la riqueza de sus fondos— historiadores consagrados y estudiantes que durante la carrera tienen que realizar diversos trabajos, especialmente de paleografía. Se acercan también chicos y chicas que cursan estudios de grado inferior y tienen que realizar algún trabajo de carácter histórico.

Sin duda, el calor de la mañana primaveral se ha quedado a las puertas de Archivo. Restregar de manos de quien juega a periodista y continuación de la conversación.

— En muchas ocasiones mi función es la de asesor cultural.

Si la cosa hubiese estado preparada, no habría salido mejor. En ese momento llegó una joven que quería conocer datos sobre el desarrollo en otros tiempos del carnaval en Rentería. Rápida localización de la carpeta, diversas explicaciones a la joven estudiante y cierre del paréntesis.

— Actualmente el historiador Tarsicio de Azcona está obteniendo datos en este Archivo para un trabajo sobre el origen e historia del antiguo convento de capuchinos de Rentería y José Ramón Cruz Mundet estudia las epidemias de peste en la segunda mitad del siglo XVI en el País Vasco.

Me habla de la singular importancia de los fondos que contiene el Archivo. Me comenta que además de atender a las visitas y a la ordenación de la documentación histórica, tiene que dar respuesta a su aspecto administrativo atendiendo las necesidades diarias de los distintos departamentos del Ayuntamiento.

— ¿Podrían los particulares enriquecer el Archivo?

— Sin duda. Todos aquellos que posean documentos de cualquier índole —contratos antiguos de compraventa, revistas, ...— pueden, a través del Archivo, cediéndolos para ser fotocopados, poner en manos de los estudiosos datos de gran interés.

A lo largo de la conversación me voy dando cuenta de que me encuentro ante una persona en la que vocación y oficio coinciden en el vértice de la ilusión por el trabajo que realiza. Su preocupación se proyecta hacia el futuro: desearía utilizar los medios actuales —fotografía, vídeo, cinta magnetofónica...— para recoger testimonios orales y gráficos que pueden ser tragados por el olvido, saco sin fondo del discurrir del tiempo.

Ya en la calle —sol del mediodía— pienso en que tengo que revisar una idea. Que un archivo no es algo muerto, que un archivo es algo vivo si alguien le presta el alma.

**Esteban Los Santos**

